



Instituto Teológico "San Fulgencio" (Murcia)
Ciclo Institucional
24AM05. **Ars celebrandi. Liturgia especial** (3 ECTS).
Profesor: Dr. Ramón Navarro Gómez

ARS CELEBRANDI LITURGIA ESPECIAL

TEMA 3 LOS RITUALES DE LA INICIACIÓN CRISTIANA



APUNTES-LIBRO DE TEXTO

Material desarrollado para el estudio autónomo del alumno

Presentación y orientaciones para el estudio

Este tema estudia los **rituales de la Iniciación cristiana** y la lógica teológica, histórica y celebrativa que los une. Bautismo, Confirmación y Eucaristía no son tres ceremonias independientes ni tres metas catequéticas sucesivas. Constituyen un único conjunto sacramental por el que la persona es incorporada a la Pascua de Cristo, recibe el don del Espíritu Santo, entra plenamente en la Iglesia y participa de la mesa eucarística.

La exposición parte de la unidad de la Iniciación y recorre después su desarrollo histórico, los libros litúrgicos actuales y las distintas situaciones celebrativas. Se dedica especial atención al Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, porque en él aparece con mayor claridad la estructura originaria del proceso: evangelización, catecumenado, elección, purificación, celebración pascual de los sacramentos y mistagogía. A partir de esa estructura se comprenden mejor el Bautismo de niños, la Confirmación y la Eucaristía como culminación.

La perspectiva es principalmente litúrgica y pastoral. No se pretende sustituir los tratados dogmáticos de cada sacramento ni resolver todas las cuestiones canónicas. Se busca aprender a leer los rituales como libros de fe y de celebración: observar sus tiempos, grados, ministerios, espacios, signos y oraciones, y descubrir qué criterios permiten celebrarlos con fidelidad, verdad y fecundidad.

Método de estudio. Conviene leer cada apartado relacionando tres preguntas: **qué obra Dios, cómo lo expresa la Iglesia en el rito y qué forma de vida nace de lo celebrado.** La Iniciación cristiana sólo se comprende bien cuando gracia, celebración y existencia aparecen unidas.

Objetivos de aprendizaje

- Comprender Bautismo, Confirmación y Eucaristía como un único conjunto sacramental.
- Explicar las dimensiones pascual, trinitaria, eclesial y escatológica de la Iniciación cristiana.
- Reconocer la relación entre fe de la Iglesia, fe personal y verdad de la celebración.
- Describir las principales etapas históricas del catecumenado y de la separación progresiva de los sacramentos.
- Conocer los libros litúrgicos actuales de la Iniciación y discernir cuál corresponde a cada sujeto.
- Explicar la estructura del RICA mediante sus cuatro tiempos y tres grados.
- Comprender la celebración del Bautismo de niños y la responsabilidad propia de padres, padrinos y comunidad.
- Situar la Confirmación dentro de la Iniciación y distinguir la imposición general de manos de la crismación esencial.
- Reconocer la Eucaristía como culminación sacramental y forma permanente de la vida iniciada.
- Aplicar criterios de ars celebrandi relativos a sujetos, ministerios, signos, espacios, Palabra, canto, silencio y mistagogía.

Sumario

- Introducción. Iniciar en Cristo y en la Iglesia
- I. La unidad teológica de la Iniciación cristiana
- II. Síntesis histórica del proceso de iniciación
- III. Los libros litúrgicos de la Iniciación cristiana
- IV. El Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos
- V. El Ritual del Bautismo de Niños
- VI. El Ritual de la Confirmación
- VII. La Eucaristía, culminación de la Iniciación
- VIII. Pastoral y ars celebrandi de la Iniciación cristiana
- Síntesis final, vocabulario y cuestiones de estudio

Idea clave. La Iniciación cristiana es un proceso eclesial y sacramental: por la Palabra, el agua, el Espíritu y la mesa, una persona entra en la Pascua de Cristo, es incorporada a su Cuerpo y comienza una existencia nueva de comunión y misión.

Introducción. Iniciar en Cristo y en la Iglesia

La palabra **iniciación** puede inducir a pensar en el simple aprendizaje de una doctrina o en la incorporación administrativa a una institución. En la tradición cristiana significa mucho más. Iniciar es introducir a una persona en el misterio de Cristo mediante un proceso en el que intervienen el anuncio del Evangelio, la conversión, la profesión de fe, la celebración sacramental, la incorporación a la comunidad y el aprendizaje de una vida nueva.

La Iniciación cristiana no se limita, por tanto, a preparar para recibir tres sacramentos. Es el camino por el que la Iglesia, fecundada por el Espíritu, engendra nuevos hijos. El candidato escucha a Cristo que lo llama, aprende a seguirlo, abandona aquello que contradice el Evangelio, entra progresivamente en la oración y en la vida eclesial, y recibe finalmente los sacramentos que lo configuran con el Señor y lo hacen miembro pleno de su Cuerpo.

El Catecismo resume los elementos esenciales de este itinerario: anuncio de la Palabra, acogida del Evangelio con conversión, profesión de fe, Bautismo, efusión del Espíritu Santo y acceso a la comunión eucarística (CCE 1229). Esta enumeración muestra que la Iniciación incluye dimensiones que no pueden separarse. La catequesis sin celebración quedaría reducida a instrucción; el sacramento sin conversión se convertiría en un acto aislado; la incorporación sin comunidad sería contradictoria; la ceremonia sin mistagogía perdería continuidad.

El plural **rituales** responde a la variedad real de los sujetos. Un adulto no bautizado puede escuchar, responder, convertirse y profesar personalmente la fe. Un niño que ha alcanzado el uso de razón necesita un catecumenado adaptado, pero participa verdaderamente en el discernimiento y en la petición. Un párvulo es bautizado en la fe de la Iglesia, expresada por padres y padrinos. Una persona bautizada que no completó la Iniciación no es catecúmeno, aunque necesite formación y acompañamiento. Los libros litúrgicos distinguen estas situaciones para que el rito sea verdadero.

La finalidad última no consiste en haber recibido unos ritos, sino en vivir de Cristo. El bautizado participa de su muerte y resurrección; el confirmado recibe el sello del Espíritu para el testimonio; el iniciado accede a la Eucaristía y aprende a ofrecerse con Cristo. La Iniciación concluye sacramentalmente en la mesa, pero se prolonga durante toda la vida en la oración, la caridad, la misión y la participación dominical.

Para recordar. La Iglesia no inicia para producir receptores de sacramentos, sino para engendrar discípulos que vivan de la Pascua, en la comunión eucarística y en la misión.

I. La unidad teológica de la Iniciación cristiana

La primera clave para comprender los rituales es la unidad interna de Bautismo, Confirmación y Eucaristía. La historia occidental los ha separado a menudo por años y ha alterado en algunos casos su orden celebrativo. Sin embargo, la teología y la liturgia continúan presentándolos como un único organismo. La separación pastoral no debe convertirse en separación doctrinal.

1. Un único conjunto sacramental

El Catecismo afirma que los tres sacramentos de la Iniciación están tan íntimamente unidos que constituyen un solo conjunto sacramental (CCE 1212). Esta unidad no elimina la identidad propia de cada uno. El Bautismo es el nuevo nacimiento; la Confirmación perfecciona la gracia bautismal mediante el don y el sello del Espíritu; la Eucaristía lleva a plenitud la incorporación y alimenta continuamente la vida recibida.

El Bautismo es puerta y fundamento. Por el agua y la Palabra, la persona es liberada del pecado, regenerada como hija de Dios, incorporada a Cristo y agregada a la Iglesia. Recibe un carácter sacramental que la configura de modo permanente y la habilita para el culto cristiano. Todo lo que sigue presupone este nacimiento, pero el Bautismo, considerado dentro de la Iniciación, está orientado hacia la plenitud del Espíritu y hacia la mesa del Señor.

La Confirmación no es una repetición del Bautismo ni una simple declaración pública de que el bautizado desea continuar siendo cristiano. Es acción de Dios: el Espíritu Santo fortalece, sella y configura más plenamente con Cristo. La referencia al Bautismo aparece en la renovación de las promesas; la orientación hacia la Eucaristía se manifiesta en su celebración ordinaria dentro de la Misa y, con máxima claridad, cuando completa la Iniciación de un adulto antes de su primera comunión.

La Eucaristía ocupa una posición singular. Es el tercer sacramento de la Iniciación y su culminación, pero no queda atrás una vez recibido. Se repite durante toda la vida y se convierte en la forma permanente de la existencia iniciada. El cristiano nacido del agua y del Espíritu vuelve cada domingo a la mesa para escuchar la Palabra, ofrecerse con Cristo, comulgar y ser enviado.

Esta unidad se hace visible en la Iniciación de adultos y de niños en edad catequética, donde Bautismo, Confirmación y Eucaristía se celebran ordinariamente en una única liturgia pascual. En los bautizados de párvulos, la distancia temporal exige una catequesis capaz de reconstruir el vínculo. Cada sacramento debe presentarse como momento de un único don, no como ceremonia autónoma o graduación independiente.

Idea clave. El movimiento sacramental es uno: **nacer de Cristo, ser sellado por su Espíritu y participar de su mesa.** Separar teológicamente estos momentos oscurece la Iniciación.

2. Dimensión pascual, trinitaria, eclesial y escatológica

La Iniciación es, ante todo, **pascual**. San Pablo interpreta el Bautismo como participación en la muerte y resurrección de Cristo: sepultados con él, los bautizados caminan en una vida nueva (Rm 6,3-4). El descenso al agua y la salida expresan sacramentalmente el paso de la muerte a la vida. La Confirmación comunica el Espíritu del Resucitado y la Eucaristía hace participar del sacrificio y del banquete pascual. Por eso la noche de Pascua es el contexto privilegiado de la Iniciación.

Es también **trinitaria**. El Padre llama, elige y adopta; el Hijo incorpora a su Pascua y a su Cuerpo; el Espíritu santifica, sella y conduce a la comunión. La fórmula bautismal introduce «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»; la oración de la Confirmación invoca al Paráclito y sus dones; la Eucaristía dirige la acción de gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu. La Iniciación no entrega dones aislados, sino participación en la vida trinitaria.

Su dimensión **eclesial** es inseparable. Ser unido a Cristo significa ser unido a su Cuerpo. El Bautismo agrega al pueblo de Dios, la Confirmación vincula más perfectamente a la Iglesia y habilita para el testimonio, la Eucaristía realiza y expresa la comunión eclesial. La asamblea, los ministros, los padrinos, la profesión común de fe y la acogida de los neófitos muestran que la salvación no crea individuos religiosos aislados.

La Iniciación posee igualmente una dimensión **vocacional y misionera**. El bautizado participa de la dignidad sacerdotal, profética y real de Cristo. Recibe una llamada a la santidad y un lugar en la misión. La vestidura blanca, la luz, la unción y el envío no son simples recuerdos; expresan una identidad que debe desplegarse en la oración, la caridad, el testimonio y el servicio.

Finalmente, es **escatológica**. El agua abre a la vida eterna; el sello del Espíritu es prenda de la herencia; la Eucaristía anticipa el banquete del Reino. La Iniciación inserta ya en la vida futura, aunque todavía se viva en esperanza. El cristiano se convierte en peregrino que ha recibido las primicias y camina hacia la consumación de aquello que celebra.

Para recordar. La Iniciación es participación en una única economía: el Padre adopta, el Hijo incorpora a su Pascua, el Espíritu sella y la Iglesia recibe en la comunión que anticipa el Reino.

3. La fe de la Iglesia y la fe personal

Los sacramentos son **sacramentos de la fe**. La fe precede, acompaña y sigue a la celebración. Precede porque la Palabra suscita la respuesta y conduce a pedir el sacramento; acompaña porque se profesa en el rito; sigue porque el don recibido necesita ser vivido, alimentado y testimoniado. La fe no produce la gracia, pero permite acogerla con verdad y fruto.

En la Iniciación de adultos, la respuesta personal ocupa un lugar visible. El candidato pide, escucha, se convierte, es examinado, profesa la fe y recibe los sacramentos. Nadie puede responder en su lugar. Los padrinos y la comunidad dan testimonio y sostienen, pero no sustituyen la libertad del sujeto. De ahí que el proceso no pueda acelerarse sin discernir si existe fe inicial y voluntad real de vida cristiana.

En el Bautismo de niños, la situación es diferente. El párvulo no puede profesar personalmente, pero es bautizado en la fe de la Iglesia. Esa fe se hace inmediatamente visible en los padres y padrinos, que piden el Bautismo, renuncian al pecado, profesan la fe y se comprometen a educar al niño. La celebración se apoya en la certeza de la gracia de Dios y en la esperanza fundada de una futura formación cristiana.

La fe eclesial no puede utilizarse como pretexto para prescindir de la verdad pastoral. Cuando no existe ninguna esperanza razonable de educación, el Bautismo puede diferirse conforme a la disciplina de la Iglesia, dialogando con la familia y buscando las condiciones necesarias. Del mismo modo, la Confirmación no debe reducirse a un acto social cuando falta toda disposición, ni la primera Eucaristía a una fiesta desvinculada de la participación dominical.

La profesión de fe pertenece al núcleo de la Iniciación. En el Bautismo adulto, el candidato responde a las preguntas trinitarias; en el Bautismo infantil, padres, padrinos y asamblea profesan la fe; en la Confirmación se renuevan las promesas bautismales; en la Eucaristía, el Credo y el Amén de la comunión expresan la fe viva de la Iglesia. Celebrar es entrar en una fe recibida y hacerla propia.

Atención. La eficacia del sacramento procede de Cristo, no de la intensidad subjetiva. Pero la celebración exige verdad: conversión en el adulto, compromiso educativo en la familia y disposición creyente en quienes completan la Iniciación.

II. Síntesis histórica del proceso de iniciación

La historia ayuda a comprender por qué los rituales actuales distinguen situaciones, restauran etapas y buscan recuperar la unidad de los sacramentos. No existe una forma ceremonial inmutable desde los Apóstoles. Permanece el núcleo sacramental; evolucionan el catecumenado, los ministros, las fórmulas, los tiempos y los espacios. La reforma contemporánea no reproduce arqueológicamente una época, sino que recupera su lógica teológica y pastoral.

1. La época apostólica

El Nuevo Testamento no ofrece un ritual completo de Iniciación, pero presenta una secuencia reconocible. Se anuncia a Jesucristo, los oyentes se convierten, reciben el Bautismo, son incorporados a la comunidad, reciben el Espíritu y participan en la fracción del pan. Los relatos de Hechos 2, 8, 10 y 19 muestran variantes, pero dentro de una misma dinámica de Palabra, fe, agua, Espíritu y vida eclesial.

El Bautismo aparece relacionado con el nombre de Jesús y con la fórmula trinitaria. En algunos textos, el don del Espíritu acompaña inmediatamente al Bautismo; en otros se expresa mediante la imposición de manos de los Apóstoles. No conviene proyectar sin más las categorías rituales posteriores sobre estos relatos. Lo decisivo es que la incorporación cristiana incluye inseparablemente unión con Cristo, perdón, Espíritu y entrada en la comunidad.

La primera comunidad de Jerusalén ofrece una síntesis de la vida iniciada: quienes acogieron la Palabra y fueron bautizados perseveraban en la enseñanza apostólica, la comunión, la fracción del pan y las oraciones (Hch 2,41-42). La iniciación no terminaba en el baño bautismal. Abría una forma estable de existencia marcada por la doctrina, la fraternidad, la Eucaristía y la oración.

Los testimonios paulinos profundizan en el significado: el Bautismo incorpora a la muerte y resurrección de Cristo, reviste de Cristo, forma un solo cuerpo y comunica el Espíritu de hijos. La tradición posterior desplegará ritualmente estas imágenes mediante agua, unción, vestidura, luz, imposición de manos y mesa.

2. Formación y apogeo del catecumenado: siglos II-V

Durante los siglos II y III se forma progresivamente el catecumenado como respuesta a una Iglesia que recibe adultos procedentes del paganismo y necesita discernir, enseñar y acompañar. La *Didaché* relaciona doctrina, ayuno y Bautismo. San Justino describe a quienes, convencidos de la verdad, prometen vivir según el Evangelio, oran y ayunan antes del baño, y después son conducidos a la asamblea eucarística.

La *Tradición Apostólica* atribuida a Hipólito ofrece una estructura muy desarrollada. Los candidatos son presentados, se examinan su situación y su modo de vida, pasan un tiempo prolongado de catecumenado y reciben instrucción. La proximidad de los sacramentos intensifica la preparación mediante ayuno, oración, exorcismos e imposiciones de manos. La conversión se comprueba en la existencia, no sólo en conocimientos aprendidos.

La celebración pascual concentra los signos: renuncia a Satanás, unción prebautismal, profesión de fe, inmersión, unción y signación, imposición de manos y primera Eucaristía. En algunos lugares aparecen signos complementarios, como la leche y la miel, que expresan la entrada en la tierra prometida. La diversidad local no rompe la unidad fundamental: el neófito pasa de la escucha a la fuente, del Espíritu a la mesa.

En los siglos IV y V el catecumenado alcanza un gran desarrollo, aunque también surgen dificultades. Muchos retrasan el Bautismo por razones sociales o por temor a pecar después. La Cuaresma se convierte en preparación inmediata de los elegidos y la Pascua en tiempo sacramental por excelencia. Las catequesis de Cirilo de Jerusalén, Ambrosio, Juan Crisóstomo y otros Padres muestran la riqueza de la **mistagogía**: después de celebrar, se explican los signos a partir de la experiencia vivida.

La mistagogía antigua no era una clase técnica de rúbricas. Partía del agua, la unción, la vestidura, la entrada en la asamblea y la comunión para mostrar cómo se cumplían las Escrituras y qué identidad nueva había recibido el neófito. El rito se convertía en fuente de teología y de espiritualidad.

3. Bautismo de niños y progresiva separación

El Bautismo de niños está atestiguado desde antiguo y expresa la gratuidad de la salvación. Sin embargo, su generalización transformó la forma del proceso. Los ritos nacidos para adultos que podían escuchar, responder y cambiar de vida se concentraron en una celebración única aplicada al párvulo. El catecumenado dejó de ser el marco ordinario y muchas acciones perdieron su relación con etapas reales.

También cambió el tiempo. El Bautismo dejó de estar necesariamente vinculado a la Pascua, porque las familias deseaban celebrarlo pronto y la mortalidad infantil favorecía no retrasarlo. La inmersión fue cediendo en Occidente a la infusión. La profesión interrogativa se conservó en la renuncia y el Credo, mientras la fórmula bautismal adoptó la forma indicativa: «Yo te bautizo...».

La Confirmación se separó progresivamente. En las Iglesias donde el obispo no podía presidir todos los Bautismos, se reservó para él la imposición de manos y la crismación posbautismal, mientras el presbítero bautizaba. Esta opción preservaba el vínculo con el ministerio episcopal, pero introducía una distancia temporal. En Oriente, el presbítero continuó administrando la crismación con el santo myron consagrado por el obispo, manteniendo la unidad celebrativa.

La comunión de los niños recién bautizados desapareció en la disciplina latina. Al vincularse la Eucaristía al uso de razón y, más tarde, al aprendizaje catequético, los tres sacramentos quedaron separados. En muchas regiones se llegó a celebrar la primera Eucaristía antes de la Confirmación, alterando el orden tradicional Bautismo-Confirmación-Eucaristía. La praxis es legítima donde la autoridad así lo dispone, pero necesita una explicación teológica que preserve la unidad.

4. El Ritual romano de 1614

El *Rituale Romanum* promulgado por Pablo V reunió y estabilizó la disciplina occidental. Contenía un rito para adultos y otro para párvulos. El rito infantil, sin embargo, conservaba numerosos elementos procedentes del antiguo catecumenado: exorcismos, insuflaciones, sal, entregas, unciones y preguntas dirigidas formalmente al niño, aunque respondieran los padrinos.

Esta concentración garantizaba la continuidad de muchos signos tradicionales, pero hacía difícil percibir su verdad pastoral. Acciones concebidas para acompañar meses o años de conversión aparecían acumuladas en pocos minutos. El sujeto real -el niño, sus padres y la comunidad- quedaba parcialmente oculto por un rito construido desde la reducción del itinerario adulto.

La reforma tridentina aportó unidad, ortodoxia y estabilidad en una época de crisis. No debe ser caricaturizada. Sin embargo, con el paso del tiempo se hizo evidente la necesidad de revisar la relación entre rito y sujeto, recuperar la participación de la comunidad y distinguir mejor las situaciones de adultos, niños y bautizados que completaban la Iniciación.

5. Restauración conciliar

El Concilio Vaticano II pidió restaurar el catecumenado de adultos distribuido en etapas (SC 64), revisar el rito del Bautismo de adultos y niños, adaptar los ritos a la situación real de estos últimos y manifestar más claramente la conexión de la Confirmación con toda la Iniciación (SC 65-71). El mandato no consistía en simplificar ceremonias, sino en recuperar una teología celebrada.

De la reforma nacieron el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, el Ritual del Bautismo de Niños y el Ritual de la Confirmación. Los nuevos libros vuelven a situar la Palabra en el centro, reconocen la función de padres, padrinos, catequistas y comunidad, restauran los tiempos y grados, amplían las posibilidades de adaptación y recuperan la mistagogía.

La reforma se apoya en varios principios: **gradualidad**, porque la conversión necesita tiempo; **centralidad pascual**, porque la iniciación participa de la muerte y resurrección; **unidad sacramental**, porque agua, Espíritu y mesa forman un organismo; **verdad de los sujetos**, porque cada rito debe corresponder a la situación real; **dimensión comunitaria**, porque la Iglesia entera engendra y recibe; y **mistagogía**, porque la celebración necesita prolongarse en comprensión y vida.

Idea clave. La reforma conciliar no reconstruyó un museo de la antigüedad. Recuperó su lógica viva: proceso gradual, Pascua, comunidad, verdad del sujeto, unidad de los sacramentos y mistagogía.

III. Los libros litúrgicos de la Iniciación cristiana

Los libros litúrgicos actuales no son simples repertorios de fórmulas. Contienen una visión completa de la Iniciación: teología, ministerios, etapas, normas, adaptaciones y orientaciones pastorales. Para celebrar bien no basta abrir el libro en la página del rito; es necesario conocer las observaciones generales y la estructura del itinerario.

1. Las Observaciones generales sobre la Iniciación cristiana

Antes de los rituales particulares aparecen unas **Observaciones generales** que presentan el significado conjunto de Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Su colocación es programática: la Iglesia ofrece primero la unidad del proceso y sólo después regula las formas concretas. Estas páginas constituyen una clave de lectura indispensable.

Las observaciones explican los efectos sacramentales, la importancia del agua y de la Palabra, la responsabilidad del pueblo de Dios, el ministerio de obispos, presbíteros y diáconos, la función de padres y padrinos, la preparación y el lugar de la celebración. Las rúbricas particulares deben interpretarse desde esta teología común.

El orden de exposición es también significativo. No comienza únicamente por las facultades del ministro, sino por la Iniciación como acción de Cristo y de la Iglesia. La comunidad tiene el deber de acompañar a quienes buscan la fe, sostener a las familias, preparar a los candidatos y recibir a los nuevos miembros. El ministro ordenado preside una acción que pertenece a todo el Cuerpo.

Leer los *praenotanda* evita dos reducciones: una lectura jurídica, que sólo busca condiciones mínimas de validez, y una lectura ceremonial, interesada únicamente por movimientos y fórmulas. El ritual es teología celebrada y proyecto pastoral.

2. Tres libros principales y diversidad de situaciones

El **Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA)** se dirige a adultos no bautizados y, con las adaptaciones previstas, a niños no bautizados que han alcanzado el uso de razón. Contiene también materiales para bautizados que necesitan completar su formación y recibir Confirmación y Eucaristía, aunque su situación debe distinguirse claramente de la de los catecúmenos.

El **Ritual del Bautismo de Niños** está adaptado a párvulos que no pueden profesar personalmente la fe. Reconoce como sujetos visibles de la petición y del compromiso a los padres y padrinos, y confía a la comunidad la acogida del nuevo bautizado. Su estructura abandona la ficción de tratar al niño como un adulto reducido.

El **Ritual de la Confirmación** regula la celebración dentro o fuera de la Misa, determina el rito esencial y subraya la conexión con el Bautismo y la Eucaristía. El libro no presenta la Confirmación como graduación catequética ni como ratificación humana, sino como don del Espíritu que perfecciona la gracia bautismal.

La elección del ritual depende de la situación sacramental y del uso de razón, no sólo de la edad civil. El derecho equipara al adulto, en lo relativo al Bautismo, a quien ha salido de la infancia y posee uso de razón (CIC 852 §1). Por eso un niño de edad catequética no debe recibir sin más el rito previsto para párvulos; necesita un proceso adaptado y participa personalmente en la fe y en los sacramentos.

Cuadro de conjunto

Libro litúrgico	Sujetos principales	Clave celebrativa
RICA	Adultos no bautizados; niños no bautizados con uso de razón; materiales para bautizados que completan la Iniciación.	Proceso gradual de tiempos y grados, culminación pascual y mistagogía.
Ritual del Bautismo de Niños	Párvulos; sus padres, padrinos y comunidad.	Bautismo en la fe de la Iglesia y responsabilidad real de la familia.
Ritual de la Confirmación	Bautizados que reciben el sello del Espíritu.	Vinculación bautismal, crismación esencial y orientación eucarística.

Atención. No debe confundirse al catecúmeno con el bautizado que completa su Iniciación. El primero espera todavía el Bautismo; el segundo ya pertenece sacramentalmente a Cristo y a la Iglesia.

IV. El Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos

El RICA es mucho más que el libro para celebrar un Bautismo de adultos. Organiza un **itinerario completo de evangelización, conversión, catequesis, liturgia, vida comunitaria y misión**. Su principio fundamental es que la Iniciación no se realiza de una sola vez, sino mediante un proceso gradual en el seno de la Iglesia.

1. Principio general: tiempos y grados

El RICA alterna **tiempos**, que son períodos de maduración, y **grados**, que son celebraciones litúrgicas de paso. Los tiempos permiten que la fe crezca y la vida cambie. Los grados reconocen eclesialmente lo que Dios ha obrado y abren una nueva etapa. No son ceremonias decorativas ni actos de calendario.

La estructura comprende cuatro tiempos y tres grados. El precatecumenado conduce a la entrada en el catecumenado; el catecumenado desemboca en la elección; la purificación e iluminación culmina en los sacramentos; la mistagogía prolonga la experiencia durante el tiempo pascual. La duración no es idéntica para todos, porque la conversión y la formación no pueden medirse sólo por semanas lectivas.

Estructura fundamental del RICA

Tiempo	Grado o celebración de paso	Finalidad principal
1. Precatecumenado	Entrada en el catecumenado	Primer anuncio, fe inicial, conversión y deseo de seguir a Cristo.

Tiempo	Grado o celebración de paso	Finalidad principal
2. Catecumenado	Elección o inscripción del nombre	Formación integral, cambio de vida e incorporación progresiva a la comunidad.
3. Purificación e iluminación	Sacramentos de la Iniciación	Preparación espiritual inmediata, escrutinios, entregas y celebración pascual.
4. Mistagogía	No hay un nuevo grado sacramental	Profundizar en los misterios celebrados e integrarse establemente en la vida eucarística.

La gradualidad no significa burocracia ni rigidez uniforme. El ritual ofrece adaptaciones para distintas circunstancias, pero exige discernimiento. Acortar prudentemente por una causa verdadera es distinto de suprimir el proceso por comodidad. La Iglesia necesita comprobar que existen fe inicial, conversión, conocimiento suficiente, práctica de la oración y voluntad de vivir cristianamente.

Idea clave. Los grados no sustituyen la maduración; la reconocen. Los tiempos no retrasan arbitrariamente el sacramento; permiten que la gracia transforme realmente la vida.

2. Precatecumenado y rito de entrada

El **precatecumenado** es el tiempo del primer anuncio. Su finalidad es que la persona encuentre a Jesucristo, escuche el núcleo del Evangelio, descubra la llamada a la conversión y comience a relacionarse con la comunidad. No es todavía catequesis sistemática ni preparación ceremonial. La pregunta decisiva es si ha nacido una fe inicial capaz de pedir el camino cristiano.

La duración depende de la historia personal. Algunas personas llegan después de un largo proceso; otras necesitan tiempo para superar prejuicios, ordenar situaciones vitales o aprender a orar. La comunidad debe ofrecer acogida, testimonio, contacto con la Escritura y experiencia de caridad. El acompañamiento personal es tan importante como las reuniones doctrinales.

El **rito de entrada en el catecumenado** es el primer grado. Los candidatos son recibidos a la puerta o en un lugar significativo. Manifiestan qué piden a la Iglesia y qué les da la fe. Quienes los presentan dan testimonio de su disposición. La signación de la frente y de los sentidos expresa que toda la persona queda marcada por Cristo; la entrega de la cruz o del Evangelio, cuando se realiza, muestra la nueva orientación de la vida.

El movimiento hacia el interior del templo tiene valor simbólico. Quien estaba en el umbral es introducido en la asamblea para escuchar la Palabra. No ha recibido aún el Bautismo, pero entra en un estado eclesial reconocido. La Iglesia lo considera ya unido de modo particular a ella, ora por él y le concede determinados derechos y bendiciones.

La celebración exige verdad. No debe fijarse simplemente al comienzo de un curso ni utilizarse como acto de bienvenida a un grupo. Presupone que el Evangelio ha sido anunciado, que existe conversión inicial y que el candidato desea comenzar seriamente el catecumenado.

Atención. La entrada en el catecumenado no inaugura unas clases: reconoce una fe naciente y una decisión de comenzar una vida cristiana bajo la guía de la Iglesia.

3. El tiempo del catecumenado

El catecumenado es un período prolongado de **iniciación integral**. Incluye conocimiento de la fe, aprendizaje de la oración, conversión moral, participación progresiva en la vida eclesial, ejercicio de la caridad y testimonio. No se trata de completar un temario, sino de aprender una nueva forma de vivir.

La catequesis catecumenal se inspira en el año litúrgico y en las celebraciones de la Palabra. Presenta orgánicamente la historia de la salvación, el Credo, los mandamientos, la oración y la vida sacramental. Debe conducir a la experiencia, no limitarse a definiciones. La comunidad ofrece modelos concretos de vida cristiana y permite que el catecúmeno conozca la liturgia desde dentro.

El RICA propone celebraciones propias: liturgias de la Palabra, bendiciones, exorcismos menores y unciones. Los **exorcismos menores** son oraciones de liberación y fortalecimiento frente al pecado y al

mal; no presuponen posesión ni deben dramatizarse. Las **bendiciones** expresan el amor de Dios y sostienen el crecimiento. La **unción con el óleo de los catecúmenos** fortalece para el combate espiritual.

Los catequistas pueden desempeñar algunos ministerios según las facultades previstas, pero nunca actúan aisladamente de la comunidad y de sus pastores. Los padrinos aparecen plenamente en la elección, aunque el acompañamiento previo suele comenzar mediante garantes o personas cercanas. Su función es espiritual: conocer al candidato, dar testimonio, orar con él y ayudarlo a vivir el Evangelio.

El catecumenado puede prolongarse varios años cuando sea necesario. La duración debe ser suficientemente amplia para verificar la conversión, pero no convertirse en obstáculo indefinido. El discernimiento considera la historia personal, la comprensión de la fe, la práctica cristiana, la libertad y las circunstancias objetivas.

4. Elección o inscripción del nombre

La **elección** es el segundo grado y abre la preparación inmediata a los sacramentos. Suele celebrarse al comienzo de la Cuaresma, preferentemente el primer domingo. La Iglesia escucha el testimonio de padrinos y catequistas, examina la disposición y, en nombre de Dios, elige a los candidatos para los sacramentos pascales.

La palabra elección subraya la iniciativa divina. El candidato ha respondido, pero antes ha sido llamado. La Iglesia no certifica simplemente que terminó un curso; discierne que el Señor lo ha conducido y que está preparado para avanzar. Desde este momento recibe el nombre de **elegido o competente**.

La inscripción o pronunciación del nombre manifiesta que la llamada es personal. En la Escritura, Dios llama por el nombre y reúne un pueblo concreto. El gesto puede adquirir una gran fuerza si se realiza con sencillez, evitando convertirlo en ceremonia administrativa o acto de graduación.

La presencia del obispo o de su delegado manifiesta la dimensión diocesana de la Iniciación. La parroquia acompaña, pero es la Iglesia particular, presidida por el obispo, la que recibe a los nuevos miembros. Cuando la elección se celebra en la catedral, aparece visiblemente la comunión de los catecúmenos con toda la diócesis.

5. Purificación e iluminación

El tercer tiempo coincide ordinariamente con la Cuaresma. Ya no se centra principalmente en ampliar contenidos, sino en una preparación espiritual intensa. Los elegidos son llamados a purificar la mente y el corazón, fortalecer lo bueno, reconocer lo débil y adherirse más profundamente a Cristo Salvador. La comunidad entera vive con ellos la conversión cuaresmal.

5.1. Los escrutinios

Los tres escrutinios se celebran normalmente los domingos III, IV y V de Cuaresma. Se relacionan con los evangelios de la samaritana, el ciego de nacimiento y Lázaro: Cristo da el agua viva, ilumina y comunica la vida. Después de la homilía, los elegidos se acercan con sus padrinos; la asamblea ora en silencio, formula súplicas y el celebrante impone las manos y pronuncia las oraciones de exorcismo.

El término **escrutinio** no designa un interrogatorio público ni una evaluación académica. Expresa la acción de Dios que examina el corazón para sanar lo débil, liberar de lo que esclaviza y fortalecer lo bueno. Su repetición muestra que la conversión es progresiva y que la Iglesia combate espiritualmente junto a los elegidos.

Los escrutinios necesitan una celebración cuidada: proclamación de los evangelios propios, homilía mistagógica, verdadero silencio, intercesiones claras e imposición de manos perceptible. Suprimirlos o reducirlos a una oración rápida empobrece una de las partes más características del itinerario.

5.2. Las entregas

La Iglesia entrega a los elegidos el **Símbolo de la fe** y el **Padrenuestro**, tesoros que resumen la fe y la oración cristianas. La entrega del Credo presenta las maravillas de Dios y la regla de la fe que profesarán

en el Bautismo. La entrega de la oración dominical introduce en la confianza filial de quienes renacerán como hijos.

La entrega no consiste en repartir una hoja. La comunidad proclama solemnemente aquello que confía. Los elegidos reciben, memorizan, meditan y aprenden a orar. Más adelante realizarán la *redditio* o devolución mediante la profesión del Símbolo y la oración. El proceso muestra que la fe se recibe de la Iglesia para ser personalmente confesada.

5.3. Preparación inmediata

En los días próximos a la Pascua pueden celebrarse la recitación del Símbolo, el rito del *Effetá*, la elección de un nombre cristiano cuando sea conveniente y la unción con el óleo de los catecúmenos. Cada gesto dispone para la confesión y la celebración: labios y oídos se abren a la fe, el nombre expresa una identidad recibida y la unción fortalece para el combate.

Estos ritos no deben acumularse sin discernimiento ni convertirse en una repetición extensa que fatigue. Se seleccionan según la situación, preservando su significado. La preparación inmediata incluye también oración, retiro, ayuno y revisión de las disposiciones prácticas para que la noche pascual pueda vivirse sin distracciones.

6. Celebración de los sacramentos

La Iniciación alcanza su culminación ordinariamente en la **Vigilia pascual**. La noche, el fuego, las lecturas de la historia de la salvación, el agua y la Eucaristía ofrecen el contexto más pleno: los elegidos pasan con Cristo de la muerte a la vida y son incorporados al pueblo de la nueva alianza. Cuando una causa seria aconseja otro momento, debe conservarse la unidad de los sacramentos y su significado pascual.

La bendición del agua hace memoria de la creación, el diluvio, el mar Rojo, el Jordán y el costado abierto de Cristo. No es una explicación añadida, sino una gran oración anamnética y epiclética: recuerda lo que Dios ha hecho y suplica que el Espíritu haga del agua instrumento del nuevo nacimiento. La asamblea descubre que el agua bautismal pertenece a toda la historia de la salvación.

Los elegidos renuncian al pecado y profesan la fe trinitaria. Este momento cumple el camino recorrido: lo que recibieron en el Símbolo se convierte en confesión personal. La renuncia no es fórmula negativa aislada; libera para adherirse al Padre, al Hijo y al Espíritu. La asamblea se une y renueva su propia identidad bautismal.

El Bautismo se administra por inmersión o infusión, uniendo el agua y la fórmula trinitaria en una sola acción. La inmersión expresa con particular fuerza sepultura y resurrección; la infusión es plenamente legítima y debe realizarse con agua suficiente. La materia y la palabra han de coincidir: no se derrama primero y se pronuncia después.

Los ritos explicativos manifiestan la gracia recibida. La vestidura blanca expresa que el neófito se ha revestido de Cristo; el cirio encendido del cirio pascual indica que vive de la luz del Resucitado. Cuando sigue inmediatamente la Confirmación, se omite la unción posbautismal con crisma para evitar duplicar el signo y conservar la claridad de la crismación sacramental.

La Confirmación sigue al Bautismo. El ministro impone las manos sobre el conjunto, invoca al Espíritu y unge individualmente la frente con crisma, pronunciando la fórmula sacramental. El recién bautizado recibe así el sello que perfecciona su incorporación y lo fortalece para la misión.

La primera Eucaristía culmina la Iniciación. Los neófitos participan en la oración, en la presentación de los dones y en la comunión, convenientemente bajo las dos especies cuando es posible. La mención en la plegaria eucarística y el lugar visible en la asamblea muestran que no reciben un premio privado, sino que entran plenamente en la mesa de la Iglesia.

Idea clave. El adulto no recibe tres sacramentos yuxtapuestos. En una única acción pasa del anuncio a la fe, de la fuente al sello del Espíritu y del sello a la mesa eucarística.

7. Mistagogía

El cuarto tiempo es la **mistagogía**, especialmente durante el tiempo pascual. La palabra significa introducción en el misterio. No repite la catequesis anterior ni se limita a explicar técnicamente lo sucedido. Parte de la experiencia: qué sintieron al descender al agua, qué proclamó la oración, qué significa haber sido ungidos, vestidos, iluminados y admitidos a la mesa.

La mistagogía relaciona los signos con las Escrituras y con la vida. El neófito aprende a reconocer que el Bautismo inaugura una identidad, la Confirmación una misión y la Eucaristía una forma permanente de existencia. Las reuniones, homilías pascuales, celebraciones dominicales y encuentros con padrinos ayudan a integrar el don.

La comunidad debe ofrecer a los neófitos un lugar real. No basta felicitarlos y despedirlos tras la Vigilia. Han de participar en las Eucaristías del tiempo pascual, incorporarse a grupos y servicios, encontrar acompañamiento espiritual y compartir las dificultades de los primeros pasos. La conclusión en torno a Pentecostés no significa abandono, sino paso a la vida ordinaria de la comunidad.

La memoria anual del Bautismo, la participación en la Vigilia pascual y el contacto con el obispo expresan continuidad. La mistagogía muestra que toda la vida cristiana conserva estructura iniciática: el creyente vuelve a las fuentes, profundiza en los dones y aprende continuamente a vivirlos.

Atención. Una pastoral que concentra todos los esfuerzos en la ceremonia y abandona después a los neófitos contradice el RICA. La mistagogía no es un apéndice; es el cuarto tiempo.

8. Niños en edad catequética y adultos ya bautizados

Los niños no bautizados que han alcanzado el uso de razón siguen un catecumenado adaptado. No son párvulos, porque pueden escuchar, responder y profesar; tampoco deben ser tratados como adultos en todos los aspectos. El proceso integra a la familia, al grupo catequético y a la comunidad, respeta el ritmo de maduración y conduce ordinariamente a Bautismo, Confirmación y Eucaristía en una única celebración.

La adaptación exige lenguaje, tiempos y signos adecuados, pero conserva la estructura esencial. El niño participa en la petición, la conversión y la profesión de fe; los padres acompañan y asumen su responsabilidad; los padrinos sostienen. La inserción en un grupo de bautizados puede ayudar, siempre que no se diluya la especificidad catecumenal.

El RICA ofrece también orientaciones para adultos bautizados de niños que no recibieron formación ni completaron la Iniciación. Su situación es sacramentalmente distinta: ya han renacido en Cristo y no pueden ser llamados catecúmenos. Necesitan catequesis, conversión, posible celebración penitencial, Confirmación y Eucaristía, pero no se les aplican indiscriminadamente exorcismos, escrutinios u otros ritos reservados a quienes esperan el Bautismo.

Esta distinción tiene consecuencias pastorales y lingüísticas. Llamar catecúmeno al bautizado oscurece la eficacia y permanencia del Bautismo. Al mismo tiempo, dar por supuesta una madurez cristiana inexistente impide un acompañamiento serio. La Iglesia reconoce el don ya recibido y ayuda a desplegarlo.

V. El Ritual del Bautismo de Niños

El Ritual renovado del Bautismo de Niños responde a una pregunta decisiva: ¿cómo celebrar con verdad el Bautismo de quien todavía no puede hablar, creer o decidir personalmente? La respuesta no consiste en fingir que el niño es un adulto, sino en mostrar que Dios actúa gratuitamente y que la Iglesia, especialmente mediante padres y padrinos, acoge la responsabilidad de educarlo en la fe.

1. La verdadera situación del párvulo

El niño es sujeto real de la gracia. No comprende el signo, pero es liberado del pecado, renace como hijo de Dios, es incorporado a Cristo y a la Iglesia y recibe el carácter bautismal. La gratuidad aparece con

especial claridad: antes de cualquier mérito o decisión, Dios llama y salva. La Iglesia no espera a que el niño pueda elegir porque reconoce que la vida natural y sobrenatural se reciben como don.

La celebración, sin embargo, no puede prescindir de la fe. Los padres piden el sacramento y prometen educar cristianamente; los padrinos se comprometen a ayudarlos; la asamblea profesa la fe. El niño es bautizado en la fe de la Iglesia, no en una fe inexistente ni en una simple costumbre familiar. La responsabilidad de los adultos pertenece a la verdad del rito.

Debe existir una esperanza fundada de educación cristiana. Esta esperanza no exige una familia perfecta ni una práctica sin debilidades, pero sí signos reales: deseo de formación, apertura a la comunidad, voluntad de enseñar a orar y de conducir al niño a la Eucaristía. Cuando falta por completo, puede diferirse el Bautismo mientras se dialoga y se crean condiciones. El aplazamiento nunca debe ser castigo, rechazo o instrumento de presión social.

Los padres han de procurar el Bautismo en las primeras semanas, y la preparación debería comenzar antes del nacimiento cuando sea posible. La pastoral evita dos extremos: celebrar apresuradamente como trámite, o imponer requisitos desproporcionados que oscurezcan la gratuidad. Se necesita acogida, discernimiento y claridad sobre el compromiso.

Idea clave. El Bautismo infantil proclama la gratuidad de la gracia y, al mismo tiempo, confía a la familia y a la comunidad una responsabilidad concreta de educación en la fe.

2. Comunidad, ministros y espacios

El ministro ordinario es el obispo, el presbítero o el diácono. Su servicio no se limita a realizar la ablución: acoge, proclama la Palabra, intercede, bendice el agua, pregunta la fe, bautiza y recibe al nuevo miembro. La comunidad escucha, responde, profesa y ora. La celebración de varios niños puede manifestar mejor el carácter eclesial, siempre que cada familia sea atendida y cada nombre pronunciado con claridad.

Los padres ocupan el primer lugar entre los responsables humanos. Son ellos quienes piden, llevan al niño, profesan la fe y reciben la misión de educarlo. Los padrinos colaboran y deben ser elegidos por su capacidad para ayudar en la vida cristiana, no sólo por parentesco, amistad o prestigio social. La comunidad parroquial completa esta red de responsabilidad.

El espacio puede expresar un itinerario: **puerta**, donde la familia es acogida; **ambón**, donde se escucha la Palabra; **fuelle**, donde se renace; **altar**, hacia el que se orienta toda la Iniciación. No todas las iglesias permiten grandes desplazamientos, pero la celebración debe evitar convertirse en una ceremonia inmóvil desde un único punto. El movimiento bien preparado ayuda a comprender.

La fuente bautismal debe ser limpia, digna, visible y apta para la inmersión o infusión. El cirio pascual ocupa un lugar relevante junto a ella. El óleo, la vestidura y los cirios se preparan con antelación. La organización del espacio debe favorecer la participación sin convertir la fuente en escenario para fotografías.

Para recordar. La arquitectura participa en la mistagogía: puerta, ambón, fuente y altar expresan acogida, Palabra, nuevo nacimiento y orientación eucarística.

3. Estructura de la celebración

3.1. Ritos de acogida

El ministro saluda a las familias, pregunta el nombre del niño y qué piden para él a la Iglesia. El diálogo no es una formalidad administrativa: el nombre reconoce a una persona concreta y la petición manifiesta el deseo del Bautismo. Los padres escuchan la responsabilidad de educar en la fe y los padrinos confirman que están dispuestos a colaborar.

La signación en la frente, realizada por el ministro y después por padres y padrinos, coloca al niño bajo el signo de Cristo. Es un gesto de acogida y pertenencia. Debe ejecutarse con serenidad, permitiendo que cada uno trace verdaderamente la cruz, sin convertirlo en una sucesión apresurada.

La entrada en el templo expresa el paso desde la acogida a la escucha. El niño marcado con la cruz es introducido en la asamblea. Un canto adecuado puede acompañar el movimiento, pero no debe cubrir las palabras ni alargar artificialmente el momento.

3.2. Liturgia de la Palabra y ritos catecumenales

Las lecturas anuncian el nuevo nacimiento, la fe, el Espíritu, la incorporación a la Iglesia y la vida eterna. La Palabra interpreta todo lo que seguirá. La selección debe hacerse entre los textos previstos, teniendo en cuenta a la asamblea, sin sustituirlos por poemas o lecturas sentimentales.

La homilía se dirige especialmente a padres y padrinos, pero también a toda la comunidad. Presenta la iniciativa de Dios, la dignidad que recibirá el niño y la misión educativa. Debe evitar tanto la reprimenda moral como el discurso genérico sobre la alegría familiar. El Bautismo y la Escritura son su centro.

La oración universal y la invocación de los santos manifiestan la comunión de la Iglesia. El niño entra en un pueblo que ora en la tierra y en el cielo. La oración de exorcismo pide liberación del poder del mal y fortaleza en Cristo; no presupone posesión ni admite dramatización. Sigue la unción con el óleo de catecúmenos o, cuando se omite legítimamente, la imposición de la mano.

3.3. Celebración del sacramento

La asamblea se dirige a la fuente. La oración sobre el agua recuerda las acciones salvadoras de Dios y pide la intervención del Espíritu. Fuera del tiempo pascual se bendice ordinariamente el agua; durante la Pascua se utiliza la bendecida en la Vigilia y se realiza la acción de gracias prevista. El agua no es un objeto neutro: queda insertada en la memoria y la súplica de la Iglesia.

Padres y padrinos renuncian al pecado y profesan la fe trinitaria. La asamblea se une. Esta profesión no es opinión familiar: es la fe de la Iglesia en la que el niño será bautizado. El ministro pregunta después si desean que el niño reciba el Bautismo en esa fe, subrayando la relación entre petición, profesión y sacramento.

El rito esencial une la ablución y la fórmula: «N., yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El agua debe tocar verdaderamente al niño mientras se pronuncian las palabras. Una infusión tímida o separada de la fórmula oscurece el signo. La inmersión, cuando es posible y se realiza con prudencia, expresa de manera especialmente clara la participación en la Pascua.

Atención. Materia y palabra forman una única acción. No se derrama el agua antes para pronunciar después la fórmula, ni se reduce el signo a unas gotas imperceptibles.

3.4. Ritos explicativos

La unción con el santo crisma proclama la incorporación a Cristo, ungido sacerdote, profeta y rey. La coronilla debe ser ungida de modo perceptible, con óleo suficiente y gesto digno. La fórmula interpreta la unción y la relaciona con el pueblo sacerdotal.

La vestidura blanca expresa que el bautizado se ha revestido de Cristo y ha recibido una dignidad nueva. Debe ser realmente blanca y visible, no un pequeño adorno apenas perceptible. La familia puede prepararla, pero su forma debe servir al signo y no convertirse en objeto ornamental desproporcionado.

El cirio se enciende del cirio pascual y se entrega ordinariamente al padre o a la familia. Cristo resucitado ilumina al bautizado y confía a los adultos la misión de mantener viva esa luz. El gesto pierde fuerza si los cirios están encendidos de antemano o si no se percibe su procedencia pascual.

El *Effetá* expresa la futura escucha de la Palabra y la profesión de la fe. Es facultativo y se realiza con sobriedad, respetando las indicaciones del rito y la sensibilidad del niño. No debe convertirse en ocasión para explicaciones largas ni gestos improvisados.

3.5. Ritos de conclusión

La asamblea se dirige al altar, meta simbólica de la Iniciación. El niño todavía no participa de la Eucaristía, pero toda su vida bautismal está orientada hacia ella. El Padrenuestro es pronunciado por la comunidad como oración de los hijos de Dios que el bautizado aprenderá un día a hacer suya.

La bendición final distingue a la madre, al padre y a todos los presentes. La forma tradicional de dirigirse primero a la madre se comprende hoy dentro de la responsabilidad común de ambos padres. La oración no es un añadido devocional; enlaza el don recibido con la vida familiar y la misión educativa.

4. Criterios pastorales específicos

La preparación debe ser un verdadero diálogo pastoral y no sólo un expediente. Conviene conocer la situación de la familia, explicar la gracia del Bautismo, discernir la esperanza de educación y enseñar las respuestas y gestos. Las reuniones comunes pueden ser útiles, pero no sustituyen siempre el contacto personal.

La idoneidad de los padrinos debe comprobarse y explicarse. No se trata de aplicar fríamente requisitos, sino de proteger la función cristiana. El padrino ayuda a vivir la fe; no es un título social ni un segundo padre simbólico sin responsabilidad eclesial.

La celebración utiliza los textos, símbolos y cantos del Ritual. Los poemas, cartas, discursos, presentaciones audiovisuales o símbolos añadidos no deben ocupar el lugar de la Palabra y de los signos sacramentales. La personalización auténtica se encuentra en los nombres, la elección legítima de lecturas y oraciones, y la participación real de la familia.

La acogida de familias alejadas exige caridad y verdad. Un tono de juicio puede cerrar la puerta al Evangelio; una aceptación indiscriminada puede vaciar el compromiso. La celebración puede convertirse en ocasión de primer anuncio si el ministro escucha, explica con claridad y ofrece caminos concretos de continuidad.

El Bautismo necesita prolongación: presentación a la comunidad, acompañamiento familiar, iniciación en la oración, catequesis, participación dominical y memoria del aniversario. La promesa educativa no termina al salir del templo.

VI. El Ritual de la Confirmación

La Confirmación ha recibido interpretaciones pastorales muy diversas. A veces se presenta como sacramento de la madurez, ratificación personal del Bautismo o compromiso final de la catequesis. Estas expresiones pueden señalar aspectos secundarios, pero resultan insuficientes si desplazan la iniciativa divina. El rito muestra ante todo que Dios confirma al bautizado con el don del Espíritu.

1. Sentido dentro de la Iniciación

La Confirmación está unida al Bautismo y orientada a la Eucaristía. El bautizado recibe el sello del Espíritu Santo, es configurado más perfectamente con Cristo, fortalecido para el testimonio y vinculado más plenamente a la Iglesia. El sacramento no completa una insuficiencia del Bautismo, sino que lleva su gracia a una nueva perfección dentro del único proceso.

La renovación de las promesas bautismales hace visible la continuidad. Sin embargo, no es el elemento esencial ni significa que la Confirmación consista en confirmar subjetivamente una decisión tomada por otros. La profesión personal es respuesta a una gracia que precede. El centro es la invocación del Espíritu y la crismación.

La orientación eucarística se manifiesta cuando la Confirmación se celebra dentro de la Misa. La plenitud del Espíritu conduce a participar más profundamente en la ofrenda y la comunión. En la Iniciación adulta, la secuencia inmediata elimina cualquier duda: el recién bautizado es confirmado para acercarse a la mesa.

La misión nace del don. El confirmado es fortalecido para difundir y defender la fe con la palabra y la vida, pero el sacramento no se reduce a activismo. El testimonio procede de la configuración con Cristo y de la presencia del Espíritu. La catequesis posterior debe enseñar a vivir esta gracia en la comunidad y en el mundo.

Idea clave. En la Confirmación no es el joven quien confirma primero su fe; es Dios quien confirma al bautizado con el sello del Espíritu para la comunión y la misión.

2. Ministro y contexto celebrativo

El obispo es el ministro ordinario. Su presencia manifiesta la comunión con la Iglesia apostólica y con la diócesis. El crisma ha sido consagrado por él y la celebración hace visible que la Iniciación no pertenece sólo a una parroquia o grupo. Cuando el obispo confirma, aparece de modo singular el vínculo entre Espíritu, apostolicidad e Iglesia particular.

El presbítero puede confirmar en los casos previstos por el derecho o por facultad concedida. Quien bautiza a un adulto o recibe a un bautizado en la plena comunión debe conferirle también la Confirmación, salvo razón grave. Esta norma protege la unidad de la Iniciación y evita retrasos artificiales.

La Confirmación se celebra ordinariamente dentro de la Misa, después de la liturgia de la Palabra. Cuando tiene lugar fuera, debe conservar una verdadera liturgia de la Palabra y la estructura ritual completa. El contexto no puede reducirse a una fila de crismaciones rodeada de cantos y fotografías.

La preparación diocesana o parroquial debe coordinarse con el sentido del rito. La edad, los itinerarios catequéticos y la disciplina concreta pueden variar, pero nunca deben convertir el sacramento en una graduación escolar. La comunidad presenta a los confirmandos y se compromete a acompañarlos después.

3. Estructura del rito

3.1. Presentación y homilía

Los confirmandos son presentados al obispo o ministro. La presentación expresa que han sido preparados y que una comunidad da testimonio de su disposición. Puede realizarse de diferentes maneras según el Ritual y las circunstancias, pero debe evitar nombres ininteligibles, desplazamientos desordenados o fórmulas que parezcan una entrega de diplomas.

La homilía interpreta las lecturas, el don del Espíritu, el vínculo bautismal y la misión eclesial. No debe limitarse a animar a «ser valientes» ni convertirse en discurso moral dirigido sólo a adolescentes. La asamblea entera necesita escuchar que el Espíritu santifica y envía a todos los bautizados.

3.2. Renovación de las promesas bautismales

Los confirmandos renuncian al pecado y profesan la fe. La asamblea se une a esta profesión. El gesto conecta con el Bautismo y dispone para recibir el Espíritu. La renovación debe realizarse con voz clara, tiempo suficiente y conciencia de que se está confesando la fe de la Iglesia, no respondiendo a un cuestionario.

La respuesta personal es importante, pero no agota el sacramento. El candidato no se «autoconfirma». La Iglesia escucha su profesión y, a continuación, invoca al Padre para que envíe el Espíritu. La estructura misma coloca la gracia divina como respuesta y cumplimiento.

3.3. Imposición de las manos y oración

El ministro invita a orar y se guarda silencio. Después extiende las manos sobre todos los confirmandos y pronuncia la oración que pide al Padre el Espíritu Paráclito y sus dones. El silencio y la epiclesis son uno de los momentos de mayor densidad. La asamblea reconoce que la Confirmación es don que descende, no mero compromiso humano.

Esta imposición general no constituye por sí sola el rito esencial, pero pertenece a la integridad de la celebración y conserva la raíz bíblica y apostólica. Debe distinguirse de la imposición de la mano contenida en la crismación individual. Las fotografías, movimientos y música no deben absorber el silencio ni la oración.

Atención. La epiclesis necesita espacio ritual. El silencio previo no es una pausa técnica y la oración no debe quedar perdida entre instrucciones o desplazamientos.

3.4. Crismación: rito esencial

El sacramento se confiere mediante la unción del crisma en la frente, realizada con la imposición de la mano, y las palabras: «N., recibe por esta señal el don del Espíritu Santo». El confirmado responde «Amén». El saludo de paz manifiesta la comunión eclesial.

El crisma es aceite perfumado consagrado por el obispo. El aceite penetra, fortalece y permanece; el perfume expresa el buen olor de Cristo; el sello indica pertenencia y misión. La unción debe ser verdadera y visible. Una marca casi seca o tímida reduce el signo y dificulta la comprensión mistagógica.

El ministro pronuncia el nombre y la fórmula con claridad, mira a la persona y permite el Amén. El padrino coloca la mano sobre el hombro o acompaña según la costumbre aprobada, sin empujar, responder en lugar del confirmando ni obstaculizar la crismación. El movimiento debe estar ensayado para evitar interrupciones.

La música puede acompañar el conjunto, pero no debe cubrir las fórmulas individuales. Cada confirmando tiene derecho a escuchar la palabra sacramental y a responder. La organización de grandes grupos requiere ministros, espacio y ritmo adecuados, sin convertir la celebración en una cadena mecánica.

3.5. Oración universal y continuación de la Misa

Después de la crismación, la oración universal intercede por los confirmados, la Iglesia y el mundo. La liturgia eucarística continúa y muestra la meta del sacramento. Los recién confirmados pueden participar en la presentación de los dones u otros ministerios legítimos, pero estos gestos no deben distraer de la participación común en la plegaria y la comunión.

Cuando la Confirmación completa la Iniciación adulta, la primera Eucaristía sigue inmediatamente. Esta unidad ofrece la interpretación más clara: el Espíritu conduce a la mesa y edifica el Cuerpo. En otras celebraciones, la homilía y la catequesis deben conservar esta orientación.

4. La cuestión de la edad y del orden

La tradición litúrgica mantiene el orden Bautismo-Confirmación-Eucaristía. Este orden se conserva visiblemente en la Iniciación de adultos y en las Iglesias orientales. En la disciplina latina de quienes fueron bautizados de niños, la Confirmación puede celebrarse después de la primera Comunión según la autoridad competente. La práctica legítima no cambia la teología del conjunto.

Presentar la Confirmación como final de la catequesis o llegada a la mayoría de edad favorece que muchos se desvinculen después. La edad pedagógica puede influir en el itinerario, pero no define la naturaleza del sacramento. La catequesis ha de explicar que la Eucaristía es culminación y alimento permanente, mientras la Confirmación perfecciona la gracia bautismal para la misión.

La discusión pastoral sobre el orden no se resuelve sólo moviendo fechas. Es necesario reconstruir la unidad mediante el lenguaje, la preparación, la celebración y la continuidad. Bautismo, Confirmación y Eucaristía deben aparecer como tres momentos de una única incorporación a Cristo.

VII. La Eucaristía, culminación de la Iniciación

La Iniciación conduce a la mesa del Señor. La Eucaristía no es un premio por haber aprendido suficientemente ni una fiesta social que cierra una etapa infantil. Es la participación plena en el sacrificio y banquete de Cristo, la fuente permanente de la vida bautismal y el sacramento que construye continuamente la Iglesia.

El neófito entra en la asamblea eucarística para escuchar la Palabra, unirse a la acción de gracias, ofrecerse con Cristo, comulgar en su Cuerpo y Sangre y ser enviado. La primera comunión no es sólo la primera vez que recibe la hostia; es la entrada sacramental en una forma de vida. La palabra **primera** debería abrir hacia muchas comuniones posteriores y hacia la fidelidad dominical.

En la Iniciación adulta, la unidad aparece con máxima claridad. Después del Bautismo y la Confirmación, el neófito participa por primera vez de la mesa, convenientemente bajo las dos especies. Las vestiduras

blancas, el lugar en la asamblea y la mención litúrgica expresan que se ha incorporado plenamente. La comunidad recibe un nuevo miembro eucarístico.

En los niños bautizados de párvulos, la primera Eucaristía se celebra años después. Esta separación requiere una catequesis que recuerde el Bautismo y oriente hacia la vida eucarística. La celebración debe evitar que vestidos, regalos, fotografías y banquete familiar eclipsen la mesa del Señor. La fiesta es legítima cuando nace del sacramento y no lo sustituye.

La Eucaristía culmina sacramentalmente la Iniciación, pero mantiene al cristiano en proceso. Cada domingo renueva la escucha, la conversión, la ofrenda y la comunión. El iniciado sigue siendo discípulo. La mesa lo devuelve a la fuente bautismal, reaviva el don del Espíritu y lo envía a vivir la caridad.

La comunidad tiene una responsabilidad decisiva. No debe organizar primeras comuniones como actos escolares paralelos, sino como celebraciones de la Iglesia. La preparación incluye participación progresiva en la Misa, familiaridad con la Palabra, aprendizaje de las respuestas y gestos, comprensión de la presencia real y educación para la reconciliación, la caridad y el domingo.

Idea clave. La Iniciación no termina en la fuente ni en la crismación: concluye sacramentalmente en la mesa y se prolonga en una existencia eucarística de comunión, ofrenda, caridad y misión.

VIII. Pastoral y ars celebrandi de la Iniciación cristiana

El ars celebrandi de la Iniciación consiste en realizar los itinerarios y ritos de modo que aparezcan la acción de Cristo, la maternidad de la Iglesia y la respuesta verdadera de cada sujeto. Exige fidelidad a los libros, discernimiento pastoral, autenticidad de los signos y continuidad. No basta una ceremonia correcta si queda aislada de la evangelización y de la vida comunitaria.

1. Recibir el proceso de la Iglesia

El primer criterio es respetar la naturaleza de cada itinerario. El RICA no puede reducirse a unas semanas ni sus grados convertirse en actos programados sin relación con la maduración. La elección no es una fecha fija que todos alcanzan automáticamente; los escrutinios no son elementos opcionales de decoración cuaresmal; la mistagogía no se elimina porque ya terminó la ceremonia.

Tampoco debe utilizarse el rito infantil para quien posee uso de razón, ni tratar al bautizado que completa la Iniciación como catecúmeno. La elección correcta del libro y del capítulo es parte de la verdad sacramental. La flexibilidad exige discernimiento, no simplificación rutinaria.

Recibir el proceso significa también aceptar el tiempo. La pastoral moderna tiende a comprimirlo todo por calendarios escolares, disponibilidad familiar o presión social. La Iglesia propone una gradualidad porque la conversión, la fe y la integración necesitan madurar. La adaptación puede modificar la duración, pero no anular la lógica.

2. Verdad de los sujetos y de los ministerios

Cada sujeto participa según su condición. El adulto pide y profesa personalmente; nadie responde por él. En el Bautismo de niños, los padres ocupan el primer lugar y los padrinos colaboran; no se invierten las funciones por razones sociales. En la Confirmación, el confirmado responde al nombre y a la fórmula; el padrino acompaña, no sustituye.

Los padrinos de adultos deben conocer realmente al candidato y poder dar testimonio. Los padrinos de niños han de ser capaces de ayudar en la educación cristiana. Elegirlos únicamente por amistad o parentesco desvirtúa el ministerio. La preparación debe explicar con claridad sus responsabilidades antes de aceptar el compromiso.

Catequistas, lectores, cantores, acólitos y demás ministros realizan su función sin que el celebrante monopolice todo. La comunidad no es público. Acoge, ora, profesa, acompaña y recibe. Su participación debe ser real, pero no se consigue multiplicando intervenciones artificiales; nace de la estructura del rito y de una preparación adecuada.

La presidencia está al servicio de la maternidad eclesial. El ministro escucha, discierne, proclama y realiza los signos con autoridad serena. No es maestro de ceremonias familiar ni protagonista afectivo. Su cercanía se expresa en la claridad, el respeto y la oración.

3. Verdad y amplitud de los signos

La Iniciación utiliza signos primordiales: agua, aceite, luz, vestido, cruz, imposición de manos, nombre, Palabra y mesa. Su fuerza no depende de añadir símbolos inventados, sino de realizarlos con verdad. El agua debe mojar; el aceite debe ungir; la luz debe proceder del cirio pascual; la vestidura debe ser visible; las manos deben imponerse realmente.

La cantidad y calidad importan. Unas gotas casi invisibles, un crisma seco, un pequeño lazo blanco o una vela encendida fuera de la vista empobrecen el lenguaje. La noble sencillez no es minimalismo. El signo puede ser sobrio y al mismo tiempo pleno, digno y perceptible.

La fórmula sacramental se pronuncia con claridad y unida al gesto. En el Bautismo, el agua y las palabras coinciden; en la Confirmación, el nombre, la unción y la fórmula forman una unidad; en las oraciones de imposición de manos, el silencio y la voz permiten reconocer la epiclesis. La prisa destruye la relación entre palabra y signo.

La explicación verbal no sustituye al gesto. Una monición sobre «el agua que da vida» no recupera una ablución tímida. Un discurso sobre la fuerza del Espíritu no reemplaza una crismación imperceptible. La mistagogía comienza por celebrar signos verdaderos.

Atención. Cuando el signo se reduce por comodidad, ninguna explicación añadida puede devolverle completamente su fuerza ritual.

4. Uso significativo del espacio

El espacio litúrgico expresa el itinerario. La puerta acoge; el ambón hace escuchar; la fuente regenera; la sede preside; el altar reúne y alimenta. Desplegar el rito entre estos lugares ayuda a que el cuerpo comprenda lo que las palabras anuncian. Los desplazamientos no son turismo interior, sino tránsito simbólico.

La fuente no debe quedar oculta ni ser sustituida habitualmente por recipientes improvisados. El cirio pascual ha de ser visible. En la Confirmación, la disposición de los confirmandos debe permitir una crismación personal y fluida. En la Vigilia, los neófitos necesitan un lugar desde el que puedan participar de toda la Eucaristía.

Los movimientos se preparan. Una procesión confusa, instrucciones públicas o familias que no saben dónde situarse rompen la unidad. La coordinación previa permite que el espacio hable sin convertirse en problema organizativo. Cuando la arquitectura limita, se buscan soluciones sobrias que conserven los polos fundamentales.

5. Palabra, canto y silencio

La Palabra interpreta los signos y suscita la fe. Las lecturas se toman de los libros aprobados y se proclaman con preparación. No se sustituyen por poemas, testimonios o cartas familiares. Estos pueden tener valor en otros momentos, pero la liturgia necesita la voz de Dios que anuncia lo que realiza.

La homilía es mistagógica: relaciona Escritura, rito y vida. En un Bautismo de niños habla a la responsabilidad de padres y comunidad; en la elección interpreta la llamada; en los escrutinios presenta a Cristo que sana; en la Confirmación muestra la acción del Espíritu; en la primera Eucaristía orienta hacia la vida dominical. Evita tanto la conferencia como el sentimentalismo.

El canto acompaña procesiones, letanías, aclamaciones y momentos de oración. No debe cubrir las fórmulas sacramentales ni llenar todos los silencios. Son especialmente apropiados los salmos, las letanías y los cantos de carácter bautismal, pascual, pneumatológico y eucarístico. La selección responde al rito, no al gusto privado.

El silencio es indispensable: antes de la oración de Confirmación, durante los escrutinios, después de la Palabra y en los momentos de oración personal. Sostenerlo requiere confianza. Una celebración continuamente comentada impide que los participantes interioricen y que los signos alcancen profundidad.

6. Noble sencillez y hospitalidad

Las celebraciones de Iniciación reúnen con frecuencia personas de muy diversa relación con la fe. La hospitalidad litúrgica ofrece acogida, indicaciones discretas y lenguaje comprensible. No supone convertir el rito en conversación informal ni eliminar las palabras propias de la fe. La Iglesia recibe con cercanía y, al mismo tiempo, introduce en un lenguaje que no pertenece a una familia concreta.

La noble sencillez evita tanto el descuido como la acumulación festiva. Flores, vestidos, fotografías, recuerdos, discursos y costumbres familiares se subordinan a los signos sacramentales. La celebración no es un acto escolar, una ceremonia de mayoría de edad ni una fiesta privada. Cuanto más claro aparece el rito, más auténtica puede ser la alegría.

La fotografía debe organizarse sin invadir el presbiterio, cubrir la fuente o interrumpir las fórmulas. Los dispositivos no pueden convertir cada gesto en una pose. La comunidad necesita aprender que la memoria más profunda nace de participar y no sólo de registrar imágenes.

7. Catequesis mistagógica y continuidad pastoral

La preparación debe enseñar a celebrar: respuestas, posturas, signos, lugares y estructura. Pero la comprensión plena no se alcanza sólo antes. Después de la celebración, la mistagogía vuelve sobre lo vivido y ayuda a descubrir el don. Esta dinámica vale no sólo para adultos, sino también para familias, confirmados y niños que han comulgado por primera vez.

El acompañamiento de los neófitos, la inserción dominical, la formación de las familias, la memoria del Bautismo y la participación en la Pascua son elementos esenciales. Una parroquia no puede medir el éxito por el número de ceremonias, sino por la incorporación real a la comunidad, la oración, la caridad y la perseverancia eucarística.

La calidad del ars celebrandi se comprueba en los frutos. El signo verdadero debe abrir una vida verdadera: el bautizado aprende a vivir como hijo; el confirmado testimonia; el comulgante se convierte en miembro activo del Cuerpo. Cuando no existe continuidad, la pastoral necesita revisar no sólo la catequesis, sino también el modo de celebrar y acoger.

8. Dos reducciones que deben evitarse

El **sacramentalismo puntual** concentra todo en recibir el rito. La preparación se convierte en requisito, la ceremonia en meta y después desaparece el acompañamiento. Puede producir celebraciones válidas, pero aisladas de conversión, comunidad y misión. La Iniciación se reduce a episodios religiosos de la biografía.

La **catequetización del sacramento** convierte la celebración en culminación de un curso, examen de madurez o acto de compromiso humano. El calendario escolar domina, el grupo se presenta como promoción y el rito parece premiar lo aprendido. Esta reducción desplaza la primacía de la gracia y oscurece la diferencia entre enseñanza y sacramento.

También debe evitarse la privatización familiar. El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía no pertenecen a una familia que diseña su ceremonia. La personalización legítima se realiza dentro de la forma eclesial, mediante nombres, opciones rituales, acompañamiento y participación, no mediante la sustitución de los signos recibidos.

El verdadero ars celebrandi une proceso y acontecimiento, gracia y respuesta, persona y comunidad, fidelidad y adaptación. La Iglesia anuncia, acompaña, discierne, celebra y continúa formando hasta que el nuevo cristiano vive establemente de la Eucaristía.

Idea clave. La medida última de los rituales de Iniciación es la unidad: nacidos del agua, sellados por el Espíritu y sentados a la mesa del Señor, los fieles son enviados a vivir como miembros activos de la Iglesia.

Síntesis final

La Iniciación cristiana es el proceso eclesial y sacramental por el que una persona escucha el Evangelio, se convierte, profesa la fe, es incorporada a la Pascua de Cristo, recibe el don del Espíritu y accede a la comunión eucarística. Bautismo, Confirmación y Eucaristía poseen identidad propia, pero forman un único conjunto: nacimiento, sello y mesa.

La Iglesia antigua expresó esta unidad mediante un catecumenado prolongado y una celebración pascual de los sacramentos, seguida por la mistagogía. La generalización del Bautismo infantil, la reserva de la Confirmación al obispo y la desaparición de la comunión de los párvulos separaron progresivamente los ritos en Occidente. El Ritual de 1614 estabilizó la disciplina, pero concentró en el niño elementos nacidos para adultos.

El Vaticano II restauró el catecumenado por etapas, revisó profundamente el Bautismo de niños y la Confirmación y pidió mostrar la conexión de toda la Iniciación. Los libros actuales distinguen situaciones reales: adultos no bautizados, niños con uso de razón, párvulos y bautizados que completan el proceso. Esta diversidad protege la verdad del sujeto sin romper la unidad teológica.

El RICA organiza cuatro tiempos y tres grados: precatumenado y entrada; catecumenado y elección; purificación y sacramentos; mistagogía. La Vigilia pascual reúne agua, Espíritu y Eucaristía. El Bautismo de niños manifiesta la gratuidad y la responsabilidad de padres, padrinos y comunidad. La Confirmación comunica el sello del Espíritu. La Eucaristía culmina y alimenta permanentemente la vida iniciada.

Celebrar bien exige respetar el proceso, distinguir sujetos, preparar ministerios, proclamar la Palabra, dar verdad al agua y al crisma, desplegar los espacios, cuidar canto y silencio y asegurar continuidad. La finalidad no es producir ceremonias emotivas, sino permitir que Cristo engendre nuevos miembros de su Cuerpo y los haga vivir, por el Espíritu, de la mesa eucarística.

Síntesis decisiva. La Iniciación cristiana introduce en una vida: por el agua se nace, por el Espíritu se es sellado, por la Eucaristía se aprende a permanecer en Cristo y a ser enviado en la Iglesia.

Vocabulario fundamental

Catecumenado: Tiempo prolongado de formación, conversión, vida litúrgica y aprendizaje eclesial de quienes se preparan para el Bautismo.

Catecúmeno: Persona no bautizada que ha sido admitida mediante el rito de entrada y se prepara para los sacramentos de la Iniciación.

Elección: Segundo grado del RICA por el que la Iglesia, tras discernir la disposición, elige a los catecúmenos para los sacramentos pascales.

Escrutinios: Ritos cuaresmales de purificación y fortalecimiento que incluyen oración, intercesión, imposición de manos y exorcismo.

Entregas: Celebraciones en las que la Iglesia confía a los elegidos el Símbolo de la fe y el Padrenuestro.

Iniciación cristiana: Proceso por el que una persona es incorporada a Cristo y a la Iglesia mediante evangelización, conversión, Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Mistagogía: Profundización posterior a la celebración que parte de los signos y Escrituras para comprender el don y vivir sus consecuencias.

Neófito: Recién bautizado que ha recibido los sacramentos de la Iniciación y comienza la vida plena en la comunidad.

Precatecumenado: Primer tiempo del RICA dedicado al anuncio inicial, al nacimiento de la fe y a la conversión.

Purificación e iluminación: Tercer tiempo del RICA, ordinariamente cuaresmal, dedicado a la preparación espiritual inmediata.

RICA: Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, que organiza el proceso mediante tiempos, grados y celebraciones.

Santo crisma: Óleo perfumado consagrado por el obispo, utilizado en la Confirmación y en la unción posbautismal como signo de consagración y sello del Espíritu.

Unidad de la Iniciación: Relación orgánica Bautismo-Confirmación-Eucaristía: nacimiento en Cristo, don perfectivo del Espíritu y culminación en la mesa.

Uso de razón: Capacidad que determina, para el Bautismo, la equiparación ritual y canónica al adulto y la necesidad de un catecumenado adaptado.

Cuestiones para el estudio y la reflexión

1. Defina la Iniciación cristiana y explique por qué no se reduce a tres ceremonias.
2. Explique la unidad de Bautismo, Confirmación y Eucaristía y la función propia de cada sacramento.
3. Desarrolle las dimensiones pascual, trinitaria, eclesial y escatológica de la Iniciación.
4. ¿Cómo se relacionan la fe de la Iglesia y la fe personal en adultos y niños?
5. Describa la secuencia iniciática que aparece en el Nuevo Testamento.
6. Explique la formación del catecumenado antiguo y la función de la mistagogía patrística.
7. ¿Qué factores produjeron la separación progresiva de Bautismo, Confirmación y Eucaristía en Occidente?
8. ¿Qué límites presentaba el rito infantil del Ritual romano de 1614?
9. Resuma los principios de la restauración conciliar de la Iniciación.
10. Distinga las situaciones a las que se dirigen el RICA, el Ritual del Bautismo de Niños y el Ritual de la Confirmación.
11. Explique la estructura del RICA mediante sus cuatro tiempos y tres grados.
12. ¿Qué presupone y qué significa el rito de entrada en el catecumenado?
13. Describa la finalidad integral del tiempo del catecumenado.
14. Explique la elección, los escrutinios y las entregas.
15. Describa la celebración unitaria de Bautismo, Confirmación y Eucaristía en la Vigilia pascual.
16. ¿Por qué la mistagogía es parte esencial y no un apéndice?
17. ¿Cómo debe iniciarse a los niños no bautizados que han alcanzado el uso de razón?
18. Explique la fe de la Iglesia y la responsabilidad familiar en el Bautismo de niños.
19. Describa la estructura completa del Ritual del Bautismo de Niños.
20. Explique el sentido de la Confirmación y corrija la reducción a sacramento de la mayoría de edad.
21. Distinga la imposición general de manos y la crismación esencial en la Confirmación.
22. ¿Por qué la Eucaristía es culminación y, al mismo tiempo, forma permanente de la vida iniciada?
23. Aplique criterios de ars celebrandi a los signos de agua, crisma, vestidura, luz e imposición de manos.
24. Explique el valor mistagógico de puerta, ambón, fuente y altar.
25. Compare el sacramentalismo puntual y la catequetización del sacramento como reducciones pastorales.